

D. Dumitrescu y D. Bravo (comp.), *Roles situacionales, interculturalidad y multiculturalidad en encuentros en español*. Argentina, Dunken, 2016, 216 pp.

Esta obra, coordinada por Domnita Dumitrescu y Diana Bravo, es el resultado de la actividad científica del Programa EDICE (Departamento de Estudios Románicos y Clásicos, Universidad de Estocolmo), dedicado al estudio de la cortesía en el español desde la perspectiva de la pragmática sociocultural, cuyos cauces metodológicos parten de una revisión crítica del modelo desarrollado por Brown y Levinson en los años ochenta del siglo pasado.

Además de una introducción sintética, la obra cuenta con dos partes que, si bien ambas se centran en los aspectos culturales de las interacciones comunicativas, la primera examina el comportamiento discursivo de hablantes hispanoamericanos emigrados a Estados Unidos, mientras que en la segunda parte los trabajos ponen de manifiesto los rasgos sociopragmáticos del discurso público en español, fundamentalmente de España.

Dentro de la primera parte «El español de Estados Unidos. Estudios de la interculturalidad y de la multiculturalidad», que es la más breve, el primer trabajo, elaborado por Patricia Giménez-Eguíbar y Suana de los Heros, aborda el estudio del cambio de código en una serie dirigida y protagonizada por latinos en Los Ángeles: *East Los High*. Las autoras parten de la «doble articulación» que el cambio de código tiene en la serie: como estrategia de verosimilitud en la diégesis para la configuración de los personajes a partir de los estereotipos e imágenes que existen sobre los latinos; y como fenómeno que permite la comunicación con los espectadores y su afiliación a la serie al reconocerse en esos tipos sociales, pues la serie también tiene un fin didáctico (fundamentalmente educación sexual) dirigido a los jóvenes latinos.

Este estudio del cambio de código se vertebra en torno a las cuatro alternancias posibles que la mayoría de autores convienen en distinguir (cambio de “etiqueta” o emblemático, interoracional, intraoracional y morfológico), siendo la más habitual en la serie la alternancia de lenguas emblemática, seguida de la alternancia intraoracional, la interoracional y, finalmente, la menos utilizada es la alternancia morfológica, lo cual, según las estudiosas, es un buen reflejo de lo que ocurre en la comunidad latina estadounidense fuera de la pantalla. Para ellas, las funciones de este cambio de código son atenuar realidades (sexuales), enfatizar y, sobre todo, una forma de afiliarse a la comunidad (latina) tanto en actos corteses como descorteses.

El segundo estudio es llevado a cabo por Marjorie Zambrano-Paff y se centra en el papel del intérprete en la traducción del sarcasmo y la ironía de los jueces de inmigración estadounidenses, demostrando cómo el intérprete se ve afectado en sus traducciones por la imagen del juez. Así, si el traductor está al servicio de un juez «regido por la norma» va a traducir siempre literalmente sus expresiones sarcásticas e irónicas, no tanto por ser leal al discurso del juez, sino para no dañar su propia imagen ante la autoridad que aquél supone. Sin embargo, en los jueces «regidos por el proceso», más laxos, el traductor se permite no traducir el sarcasmo y la ironía, o

bien los resume. Aunque esta es la tendencia general, también apunta la autora a que a veces el sarcasmo y la ironía quedan sin interpretación para no dañar la imagen del juez, que se muestra descortés con los acusados, o para que el intérprete no vea amenazada su imagen ante el juez cuando tiene que traducir testimonios incongruentes de los inmigrantes latinos. En cualquier caso, queda expuesto con este estudio que el intérprete se encuentra altamente determinado por la variable del juez en este tipo de situaciones comunicativas.

Por su parte, el tercer y último estudio de esta primera sección, a cargo de Susan Salazar-Kleiner, es realmente novedoso porque emprende el estudio de un fenómeno hasta ahora ignorado por los trabajos de pragmática intercultural: la queja como acto de habla amenazador de la imagen del interlocutor (según la tradición brownlevinsoniana) y las estrategias que emplean los hablantes de distintas lenguas (inglés y español) y culturas (estadounidense y latina) para su ejecución. La estudiosa diseña un método de encuesta directa a través de la simulación de tres situaciones formales y otras tres informales planteadas a participantes peruanos y estadounidenses (paridad entre hombres y mujeres, todos de clase media) para determinar cuántas estrategias emplean en cada situación, de qué tipo y si los hombres son más propensos a unas y las mujeres a otras. Tras describir las treinta estrategias identificadas, la autora demuestra que los peruanos utilizan más las directas y los estadounidenses prefieren las indirectas, además de que los primeros diseñan mayor número de estrategias para llevar a cabo esas quejas, no habiendo en ninguno de los dos grupos socioculturales diferencias significativas en la preferencia por unas u otras en hombres o en mujeres.

Por ello, la autora termina atribuyendo sus resultados a las diferencias culturales existentes entre ambos grupos, pues el peruano «crece sabiendo que tiene que defenderse y luchar a diario con situaciones injustas», por lo que necesariamente tienen que ser más directos y desarrollar más estrategias que los estadounidenses, con un estilo de vida mucho más cómodo.

Cambiarlo de realidad geográfica y social comienza la segunda parte «Discurso e imagen social. Pragmática Sociocultural, discurso y roles situacionales», que es la más extensa con cuatro trabajos. En el primero de ellos, Diana Bravo analiza, desde la pragmática sociocultural que ella misma ha desarrollado con sus apostillas a la teoría brownlevinsoniana, los modalizadores no verbales de un discurso público como la entrevista que a Rafael Correa, presidente de Ecuador (2007-2017), le hace un periodista de la BBC a causa del conflicto surgido por el asilo que Ecuador concedió en su embajada inglesa a Julian Assange.

Así, con la distinción entre endomodalizadores (expresan la subjetividad del que habla) y alomodalizadores (se refieren a la subjetividad del interlocutor), Bravo pone de manifiesto cómo los gestos que hace el presidente a lo largo de la entrevista complementan la interacción verbal, interviniendo en las estrategias de defensa de su imagen tanto individual como grupal (presidente de un Estado), al mismo tiempo que se sirve de ellos para atacar tanto la imagen individual (entrevistador) como grupal (perteneciente al estado inglés) de su interlocutor.

Sus resultados, además, están avalados por un test intersubjetivo hecho a estudiantes argentinos sobre la clasificación de las señales no verbales del presidente que, concluye la estudiosa, aunque estén dirigidas a la defensa de la imagen y al ataque de la del otro, durante toda la entrevista el intercambio tuvo «el objetivo propio de las actividades de imagen de conseguir un equilibrio entre estas», es decir, fueron corteses, pues no buscaron agravar el conflicto ya presupuesto entre los dos participantes.

Al otro lado del Atlántico, María Bernal analiza un fenómeno nada habitual en el discurso político: la conversación coloquial o espontánea, como fue el enfrentamiento que tuvieron Pablo Iglesias (Podemos) y Celia Villalobos (PP) durante una jornada de puertas abiertas del Congreso en 2015. La autora se centra en las actividades de autoimagen que se llevan a cabo durante la interacción, señalando que, mientras que Pablo Iglesias sólo realiza actividades de imagen de afiliación a su partido y a los ciudadanos de España, diferenciándolos de un PP corrupto, Celia Villalobos, además, realiza actividades de autoimagen (mucha experiencia en política y en su partido) para atacar la imagen de Pablo Iglesias (poca experiencia), que mantiene la cortesía discursiva al no mencionar un episodio candente en el momento sobre Celia Villalobos y el uso de un juego electrónico en una sesión parlamentaria para así no desviar el foco de la defensa de su tesis sobre el PP como partido enteramente corrupto. De nuevo queda patente que, a pesar del enfrentamiento, siempre hay un grado de cortesía que también es utilizada como estrategia en el conflicto.

Por su parte, Catalina Fuentes hace un alto en el camino y propone una revisión de los conceptos de imagen, identidad y (des)cortesía en esta propuesta de pragmática sociocultural, señalando que son absolutamente imprescindibles y enriquecedores para el análisis del discurso público (político, digital, mediático), aunque hace hincapié en la necesidad de diferenciar, dada la confusión terminológica que existe en la disciplina, entre identidad (rasgos personales, lingüísticos y de rol) e imagen social, que se construye en la interacción y normalmente tiene una función estratégica al crear efectos de (des)cortesía. No obstante, tanto el hablante como los receptores, sobre todo en el discurso público, pueden convertir esas actividades de imagen que se llevan a cabo en interacciones o tipos discursivos concretos (con efectos de (des)cortesía) en rasgos identitarios de un individuo; de ahí que concluya indicando la importancia de atender a los tipos discursivos, pues en el discurso público esos efectos de (des)cortesía no se asocian a la interacción concreta, sino que acaban siendo un rasgo identitario más del individuo.

Finalmente, también María Bernal en el último estudio de la obra hace un repaso crítico al concepto de cortesía desde su formulación inicial, señalando que no siempre busca el equilibrio entre las imágenes de los interlocutores, sino que habría que hablar de la actividad de imagen como «categoría general» que engloba cualquier comportamiento (cortés, descortés o neutro) que puede tener un «efecto social» en la imagen de los participantes, tanto positivo como negativo o neutro. Así, se propone demostrar, apoyándose en un corpus de interacciones médico-paciente, cómo esos efectos sociales afectan a las imágenes de los hablantes a través de dos factores: la modalidad y la direccionalidad. El primero permite identificar si el efecto social ha

sido positivo, negativo o neutro; mientras que con el segundo se precisa cómo ha sido ese efecto en cada uno de los participantes.

Así la estudiosa señala la necesidad de diferenciar entre lo que «formalmente» es cortés, de lo que tiene un efecto social cortés, pues la estrategia puede ser cortés pero el efecto puede ser descortés (negativo) o neutro y viceversa. Asimismo, también hace hincapié en que, en el caso de las interacciones polilógicas, es el concepto de «continuo social» el que permite entender cómo todos los participantes «ven afectada su imagen social independientemente de que sean o no los destinatarios directos o indirectos» de las intervenciones. Por último, termina su estudio llamando la atención sobre la falta de estudios sobre las actividades de imagen con efectos sociales neutros.

En definitiva, estamos ante una obra que pone de manifiesto la eficacia de todas las herramientas metodológicas que ha desarrollado la pragmática sociocultural para el estudio de las relaciones comunicativas en todas las formas de encuentro en español.

José García Pérez